

In formar desde el Periodismo

Daniel Sinopoli
Universidad del Salvador (Argentina)
daniel.sinopoli@salvador.edu.ar

Resumen

El periodismo tiene un fin esencial: in formar, propender a la formación. Formar o educar con el periodismo es contribuir a que las personas entiendan mejor y orienten convenientemente sus acciones. El instrumento fundamental para la comunicación humana, pese al avance de la denominada cultura de las imágenes, sigue siendo la palabra, aquella que nos permite describir los hechos con precisión. El periodismo radial y televisivo –con su universo de potencialidades- aún no ha logrado oficializar una estrategia que permita vencer los obstáculos a la profundidad y la contextualización, impuestos por la propia naturaleza del lenguaje audiovisual. Sostener que el discurso de los Medios es pobre, uniforme y de baja calidad artística porque refleja las debilidades lexicales y de formación de los públicos es, por lo menos, un lugar común. En un sistema donde la autoridad de la escuela y de los maestros se debilita, la función educativa del periodismo es vital, y la mayoría de las personas aceptará y agradecerá un tratamiento de la información que renuncie a los mensajes miserables y descubra la riqueza del mundo.

Palabras clave: *Periodismo; in formar; profesionalidad.*

In forming from journalism

Abstract

Journalism has an essential aim: in forming, or preparing to the human formation. To form or to teach from journalism is helping people to better understand and conveniently guide their actions. The main instrument for human communication, despite the progress of the so called image culture, continues to be the word, the one that allows describing facts with precision. Television and radio journalism – with their universe of potentialities- has not developed an official strategy that may allow overcoming the obstacles in deepness and contextualization imposed by the nature of audiovisual language. It is a common place to sustain that media discourse is poor, uniform and of low quality because of its lexical weaknesses. In a system where school and teachers authority weakens, the pedagogic function of journalism is vital, and the majority of people would appreciate a treatment of information that resigns miserable messages and discovers the world richness.

Key words: *journalism; in formation; professionalism.*

Introducción

La mayoría de las escuelas de periodismo en todo el mundo siguen programando, para el inicio de la carrera, el desarrollo de las competencias propias de la escritura y la redacción especializada. Esto no sólo responde al hecho de que las primeras manifestaciones de la actividad hayan sido en ese lenguaje, sino también a que la adquisición de cualidades para la composición escrita es uno de los instrumentos clave para ordenar el pensamiento (aún regido por el paradigma de la cultura clásica) y abordar con una lógica apropiada los hechos, materia prima del periodismo.

Por ejemplo, en la Licenciatura en Periodismo de la Universidad del Salvador (USAL), se incluyen asignaturas de formación inicial como Taller de Escritura y Comprensión de Textos y Expresión Periodística. Ambas introducen y desarrollan las habilidades para la realización de textos, con especial referencia a la sintaxis y la estética, y promueven el reconocimiento de los distintos géneros y modelos del periodismo escrito, según el servicio y propósito que pueda plantearse a un profesional en actividad. Pero aunque las dos asignaturas remiten a este tipo de formación, cualquiera de las cursadas por un alumno debería ser un ámbito propicio para trabajar la calidad de la escritura, independientemente del objetivo de la composición. Ser docente de historia, sociología o estadística social implica impartir y cultivar los saberes de su disciplina, pero también procurar la calidad con que el alumno da cuenta de los conocimientos adquiridos, tanto en forma escrita como oral.

Que un alumno recién ingresado a la universidad cometa errores de ortografía y puntuación es un problema básico, cuya solución, en general, algunos profesores universitarios cargamos sobre la responsabilidad y el esfuerzo exclusivo del alumno. Este es un momento dramático del proceso de inserción en la vida universitaria. Se les está diciendo “señores alumnos, bienvenidos a la Universidad, un sitio en el que las encrucijadas y las insuficiencias de su formación primaria y secundaria las resuelven ustedes con esfuerzos extraordinarios”. Una experiencia ciertamente angustiante, pero necesaria para cultivar la madurez y la templanza que, dolorosamente, algunos educadores concesivos no promovieron.

Como se ve, la articulación con los ciclos precedentes al universitario es natural, sean cuales fueren los términos. Todo saber previo es necesario, pero la Universidad, por describir un orden al nivel de formación impartida, está moralmente obligada a no disminuir el nivel inicial de preparación.

El caso Argentina

La Academia de Letras de Argentina, al igual que otras voces sociales de diferente prestigio y competencia, suelen denunciar la creciente degradación y procacidad del vocabulario utilizado en los Medios, particularmente en la radio y la televisión. Cualquier acto de vulgaridad es, en principio y con ligereza, atribuido a la crisis de la educación en valores y normas de convivencia. Sin embargo, la ausencia de palabras que denominen la realidad, una burla frente a la riqueza de nuestro idioma, generalmente mueve a la víctima a resolver con vulgaridades o groserías que llegan a su boca con la misma presteza con que fueron aprendidas. La amplitud de vocabulario nos hace libres, mientras que la dificultad para mencionar las cosas por su nombre hace que los hechos nos superen y, aunque no lo advirtamos ni nos perturbe, cultiva una visión plana del mundo. Si el periodismo acusa esta enfermedad está en problemas, porque su función profesional básica es esclarecer y orientar. El informe de los hechos que no tiene relieve produce confusión, desorientación y alimenta comportamientos públicos sospechables.

En rigor, el proceso de la realidad rara vez es ciclótico, tiene relieves y grises, y por lo normal no cambia estrepitosamente su curso. Razones mayúsculas para que el periodismo renueve sus principios esenciales, poniendo equidistancia sobre la tentación de adoctrinar, claridad ante la incertidumbre y rigurosa orientación ante la complejidad inevitable de los hechos.

¿Quién preserva el derecho de las personas a recibir, en condiciones de libertad genuina, información calificada? ¿A quién le compete la responsabilidad de asegurar que quien comunica lo haga con el rigor que impone su necesaria profesionalidad? Dos preguntas fundamentales que década tras década siguen demandando una consideración especial.

El notable desarrollo tecnológico y expansión de los Medios desde los años ochenta auguró una democratización de los sistemas de comunicación social, porque se creían ver fortalecidas las condiciones básicas para su aplicación. De tal modo, el pequeño circuito de poder de la industria comunicativa dejaría de funcionar como un coto cerrado a espaldas de las verdaderas necesidades de su gran público.

Pero la conquista de la libertad que promueve el derecho a elegir qué comunicar y cómo hacerlo ha desembocado en una situación de desorden y embotellamiento de los canales informativos, en visiones superficiales, heterogéneas y antagónicas sobre un mismo tema, y privada de una estrategia que instaure el uso profesional del espacio público.

Nos ha enseñado Platón, casi proféticamente:

No vayan pues a pensar que nosotros nos vamos a permitir tan a la ligera que levanten sus tablados en la plaza e introduzcan en ellos a actores de hermosa voz que chillen más que nosotros; ni que les vamos a consentir hacer parlamentos públicos dirigidos a los niños, a las mujeres y a toda la gente, cuando lo que ustedes dicen sobre las cuestiones morales no es lo mismo que decimos nosotros, sino aún lo contrario las más veces. Pues de otro modo poco nos faltaría para estar locos de remate. Y no sólo a nosotros, sino a toda ciudad que les consintiera hacer lo que se acaba de decir, antes de que las autoridades decidiesen si sus composiciones son apropiadas para decirse en público o no.

Las decisiones sobre qué comunicar y cómo hacerlo conllevan una ética que, en este momento, se encuentra en crisis. ¿Se utilizan los viejos códigos o se anula todo control?

El periodismo debe restituir su propio código profesional, de manera que le permita ejercer su actividad dentro de unos límites relativamente firmes. ¿Acaso se quebraría la noción de democracia si un organismo superior y neutral se otorga la facultad de establecer esos límites? ¿O por el contrario, esto alimentaría la autoridad, también necesaria en democracia, que determinados entes deben tener por encima de los intereses particulares?

In formar desde el periodismo

El periodismo tiene un fin esencial: *in formar*, propender a la formación. Formar o educar con el periodismo es contribuir a que las personas entiendan mejor y orienten convenientemente sus acciones. Reiterémoslo: el instrumento fundamental para la comunicación humana, pese al avance la denominada cultura de las imágenes, sigue siendo la palabra, aquella que nos permite describir los hechos con precisión. El periodismo radial y televisivo –con su universo de potencialidades- aún no ha logrado oficalizar una estrategia que permita vencer los obstáculos a la profundidad y la contextualización, impuestos por la propia naturaleza del lenguaje audiovisual.

El periodismo no puede desentenderse del principio de la riqueza basado en la diversidad de denominaciones. Al cabo, ya está herido de muerte por la creciente uniformación del método y el estilo en la industria periodística. Simplificar el relato de un hecho equivale a convertirlo en su versión residual y parasitaria. Facilita el entendimiento, pero desconoce lo esencial de la historia que narra y, de tal modo, precariza el reconocimiento público de esas porciones de realidad.

Ahora bien, ¿cuáles son los indicadores básicos en la labor periodística de esta suerte de ética de la des – *in formación*? Sugerimos considerar las siguientes como un inventario de problemas clave:

a) Los módulos invariables y recurrentes

Una anomalía ejemplar. El lenguaje del periodismo escrito, radial y audiovisual en el nivel masivo, y también en los estratos de la “midculture”, echa mano a un conjunto significativo de frases fijas que se repiten. Ya se ha convenido en las razones por las que la amplitud de vocabulario enriquece las posibilidades del relato, y su evaluación por parte del público. El creciente proceso de modelización del periodismo delimita, allana las capacidades, uniforma no sólo los modos de hacer, sino también los modos de decir y, por extensión, los modos de percibir y comprender.

Veamos una experiencia que ilustra el gran nivel de arraigo y conocimiento cultural de estos giros de la lengua y el habla. Alumnos

del último año de un taller de periodismo del ciclo medio (hoy tercer año del Polimodal) lograron reunir en listas —sin observar previamente algún caso, sólo por experiencia de recepción— estos magníficos ejemplos: Los delincuentes se dieron a la fuga, La banda que le rompió la cabeza a todos..., Esta banda es muy fuerte para la Argentina, Violenta agresión..., Dios está presente en nuestros corazones, La agónica victoria..., Fueron entonadas las estrofas del Himno..., El país no termina en la General Paz, Pavoroso incendio, Cruento atentado, Trágico accidente, Aplastante derrota, Ajustado triunfo, Los datos fueron proporcionados/suministrados por..., Todo empezó cuando..., Gracias al constante esfuerzo de nuestros periodistas..., La actriz lució encantadora y sensual como siempre, Pese a los inconvenientes técnicos..., Cada año suceden todo tipo de accidentes en el camino a la costa atlántica, Entre la infinidad de objetos extraídos durante el robo se pueden encontrar elementos tales como..., El trágico episodio tuvo lugar en..., Una vez en el lugar del hecho, nuestros cronistas pudieron..., Salvaje golpiza, Durante un espectacular operativo, la policía..., El film se alzó con la ansiada estatuilla que otorga la Academia de..., Un gran esfuerzo de producción, La breve pero emotiva ceremonia contó con la presencia de..., Desmintió categóricamente las versiones que lo implican como..., Brutal represión..., A continuación hizo uso de la palabra..., Fue recibido con un caluroso aplauso, Ardua labor periodística, Gracias a los esfuerzos de nuestras cámaras..., Estamos en comunicación directa con..., Vamos al informe que nos llega vía satélite/coaxil desde..., La edad de los malvivientes rondaba por..., Los malhechores fueron reducidos por la efectiva acción de la policía, Los malvivientes ingresaron en la finca en horas del mediodía..., Se realizó el acto conmemorativo..., Los delincuentes fueron abatidos..., El lamentable hecho sucedió..., Hondo pesar/dolor por la muerte de..., El popular actor... (cuando muere), Se vio envuelto en un caso de..., La policía sustrajo armas de grueso calibre.

También, el abuso del adjetivo —pilar de la frase hecha— connota pérdida de riqueza narrativa: ciertamente, es necesario un mayor esfuerzo para describir un suceso que para calificarlo. La frase hecha y el lugar común, enquistados en nuestro vocabulario y en nuestro entendimiento de la realidad, *nos hablan* de un modo irreflexivo, maquinal.

b) La actitud enciclopedista

Los beneficios del método enciclopedista han sido desvirtuados por la implementación ineficiente de su método, sobre todo en la segunda mitad de este siglo: la crítica vulgar en el ámbito de Educación fustiga el enciclopedismo y proclama la articulación de los conocimientos, cuando, en verdad, uno y otro se corresponden esencialmente.

El método de instrucción cíclica (término inspirado en la etimología del enciclopedismo) aplicado a los procesos de formación y transferencia de saberes incide, como principio cultural, tanto en la rutina productiva de los medios de información como en las expectativas del público, a tal punto que es sentido como imprescindible.

El enfoque negativo del enciclopedismo —erigido con autoridad, debe insistirse, sobre la implementación errónea de su método, pero luego trasladado groseramente a su esencia— lo describe como la divulgación seriada de conocimientos parciales, autónomos e inconexos. En la educación, ve al alumno como un recipiente atiborrado de información, y critica el sentir cultural por el que cuanto más información se suministra, mayor es la probabilidad de alcanzar un nivel educativo alto (por lo normal, un padre que sigue la carpeta de clase de su hijo evalúa el nivel de enseñanza por la cantidad de hojas escritas). Los detractores del enciclopedismo defienden la idea de que en esta época saturada de datos debería mejor enseñarse al alumno a buscar, seleccionar, entender y aplicar.

Dijimos que la cultura enciclopedista se extiende también a la prensa, inclinada a la profusión informativa desde un designio de calidad directamente proporcional a la cantidad de información. No obstante, es sencillo advertir cómo la saturación informativa lleva a fragmentar las informaciones. El suministro de grandes cantidades de datos durante tiempos reducidos va en contra del dimensionamiento de los temas, tanto en el ámbito de la realización como de la recepción. Más aún, conspira con las limitaciones naturales de la percepción humana.

El enciclopedismo, así entendido, instala la premura, y con ella la fragmentación y los juicios insostenidos; la cultura de la urgencia, la ritualización de la velocidad, no reclama que el periodista fundamente la información: escucha, disfruta, se identifica con las opiniones de todos, pero rara vez pide fundamentaciones, por lo menos desde la noción rigurosa del término.

Entre las conclusiones para el caso puede señalarse que el enciclopedismo en los Medios también confluye en la alteración de una de las variables que más repercute sobre el espíritu de la educación y la cultura de fin de siglo: el tiempo.

c) La fragmentación

Torrentes de esquirlas de información: ésta parece ser la voz de orden que orienta la rutina productiva del periodismo, especialmente en los medios electrónicos. No hay casi lugar para el desarrollo de temas que transiten desde todas sus causas hasta sus consecuencias ciertas y probables. La información fragmentaria es severa en la generación de tergiversaciones. Mejor: un contenido fragmentado es *siempre* tergiversado. Así fecundada la desinformación, concibe la deformación del sentido perceptivo y, al cabo, la degradación de la sociedad en tanto configuradora de realidades. He aquí el efecto más acabado de la ausencia de profesionalidad en el periodismo.

d) La verborragia disparatada

La charlatanería, el “parloteo”, y sus especiales consecuencias, las verdades ligeras (y/o medias verdades), la agrafía y la inactividad, constituyen un menudo hecho de corrupción que desvirtúa el conocimiento.

La antigua y memorable declaración de Walter Benjamin, “la radio no sólo vaciará los teatros, sino también los parlamentos”, auguraba, por caso, el alto valor de la discusión pública en los Medios, siempre que la condición impuesta fuese un modo positivo de organización del discurso.

La tendencia febril y multiplicada del “dicen que dicen que dijo que hizo tal cosa o declaró tal otra...” constituye un motivo típico de agravamiento del diagnóstico de fragmentación y el continuo

disparatado. La multioferta mediática apuesta en numerosas ocasiones a *livings* o mesas de opinión y parloteo sobre temas de diferentes ámbitos (sobre todo, en los “talk shows”); en esas ocasiones, las opiniones de periodistas o invitados acostumbra surgir ligeramente, no pocas veces fundadas sobre opiniones de otros, leídas o escuchadas al momento, y a su vez concebidas desde otras opiniones (por ejemplo, cuando se habla “en representación de...”) que quizás sí, angustiosamente, hayan sido originadas por la observación o la información primaria sobre el hecho.

e) En suma, la vaguedad procedimental

La vaguedad o ausencia de profesionalidad en el ejercicio del periodismo es la consecuencia segura de una información fragmentada y, por lo tanto, tergiversada, que deviene sin remedio en la interpretación inconsistente y el juicio infundado. Esta es la oposición al rigor del tratamiento: el rigor ordena que todo asunto sea atendido en su completa dimensión, observado y documentado desde diferentes enfoques.

Como se puede ver, la opinión, tan degustada por nuestro folclore, no puede desentenderse de las dos primeras fases descriptiva y evaluativa. Todavía más: un acopio de información extremadamente sólido confluye en interpretaciones y opiniones que, por su propia y clara decantación, hasta pueden omitirse. La información en dosis precisas acompañadas con ayunos de opinión es una combinación oxigenante.

La información incompleta y equívoca no sólo tienta el juicio insostenido, sino que origina circuitos de desinformación que degradan el valor de las decisiones sociales.

Conclusiones

En las innumerables personas que elaboran su idea de realidad a través de los medios existe una gran nivel de distracción que aumenta la probabilidad de las dispersiones. La desinformación, como fruto de la dispersión y la decodificación fragmentaria, malforma el conocimiento y, por tanto, deseduca.

La comparación con el proceso educativo en el aula es inevitable: el educando tiende a seguir al profesor-líder que, sobre un nivel de conocimiento inclusive relativo, encarna la verdadera “presencia del conocimiento” y el objeto de fascinación basado en sus capacidades artísticas y técnicas para la interacción en el aula. El nuevo gran problema que afronta la educación formal, y la comunicación social como su genuino correlato, está relacionado con las espectaculares transformaciones experimentadas en los Medios, en el desconcierto de gran parte de los docentes y en las rutilancias tecnicistas que impregnan la labor de los comunicadores públicos. Hay periodistas, y también docentes, que confunden educación -hacer comprender saberes, sobre un proceso de autodesarrollo- con “instrucción” -transferencia de datos incompletos, copiosos y descontextualizados. Así, la pérdida de rigor del periodismo resulta de la falsa idea de que la calidad se sustenta en la saturación.

Los fundamentos por los que la industria de la comunicación se distancia del objetivo de transferir conocimientos o promover la participación de las personas en el desarrollo social versan en llegar con sus ofertas a la mayor cantidad de público, luego renovar los instrumentos de producción y distribución, y finalmente aumentar sus ganancias. Aunque no corresponde descartar la existencia de propuestas ubicadas en un “justo medio” entre el rédito y el servicio social, entre la velocidad desinformante y la información completa, entre el apremio para entretener y el placer de la serenidad, es necesario decir que el grueso de los argumentos de venta de la información sigue levantando la bandera del “servicio para el desarrollo de las personas”, que en verdad no es más que una pontificación ilusoria de lo que la sociedad espera.

Las ideas y el cuadro de las imágenes que transmite la televisión son de una pobreza que nos cuesta apreciar porque no vivimos la época de los grandes relatos orales, y porque los libros que se utilizan en el colegio ahora se llaman textos de estudio y están llenos de títulos y subtítulos, figuritas, flechas, computadoritas con ojos y dedos que señalan o guían como en los mapas turísticos, y espacios en blanco, todos propiciadores de la estrechez de palabras e ideas... En suma, no parecen la rutina de un entrenamiento que garantice la capacidad de apreciar un conocimiento insuficiente.

Sostener que el discurso de los Medios es pobre, uniforme y de baja calidad artística porque refleja las debilidades lexicales y de formación de los públicos es, por lo menos, un lugar común. En un sistema donde la autoridad de la escuela y los maestros se debilita, la función educativa del periodismo es vital, y la mayoría de las personas aceptará y agradecerá un tratamiento profesional de la información, que renuncie a los mensajes miserables y descubra la riqueza del mundo.

Referencias

Benjamin, W. (1936). *Das kunstwerk im zeitalter seiner technischen reproduzierbarkeit*. Suhrkamp, Frankfurt. (La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica). En *Discursos interrumpidos I*. Taurus, Buenos Aires, 1989.

Sobre diversas expresiones de Platón en *La República*, Edicomunicación, Barcelona, 1994. Libro Segundo, pp. 57-90.